

M. L. ESCRIBANO PUEO – T. FUENTES VÁZQUEZ
F. MORENTE MUÑOZ – A. ROMERO LÓPEZ

CANCIONERO GRANADINO DE TRADICIÓN ORAL



GRUPO DE INVESTIGACIÓN
«SOCIOLINGÜÍSTICA INFANTIL ANDALUZA»
UNIVERSIDAD DE GRANADA
1994

ÍNDICE GENERAL

	Pág.
INTRODUCCIÓN	7
I. AMOR (1 al 289)	23
II. DESAMOR (290 al 375)	141
III. SATÍRICAS (376 al 564)	179
IV. SENTENCIOSAS Y MORALES (565 al 589)	253
V. FIESTAS (590 al 591) Candelaria; (592 al 627) Mecedor; (628 al 634) San Antón	265
MECEDOR	268
SAN ANTÓN	283
VI. BAILES (635 al 658)	287
VII. RELACIONES FAMILIARES (659 al 710)	299
VIII. CANCIONES DE AURORA (711 al 775)	321
IX. NANAS (776 al 808)	345
X. LUGARES (809 al 829)	361
XI. VARIOS (830 al 863)	371
ADDENDA	387

La publicación de este libro no era, en principio, objetivo de trabajo del grupo «Sociolingüística Infantil Andaluza», orientado hacia el estudio del mundo infantil, pero consideramos, en primer lugar, que no siempre este mundo del niño es ajeno al que ve nacer y vivir los cantares que presentamos y que hasta hace poco tiempo en las ciudades, en los pueblos especialmente, la vida del niño estaba inmersa en la de los adultos y participaba de ella. Nadie pensaba en hacer «programas infantiles», ni había fiestas especiales para niños; las fiestas eran de todos y para todos: bailes, procesiones, toros, misas y sermones, giras campestres, columpios y hogueras eran, y todavía son, vividos por la chiquillería con entusiasmo, y así iban conociendo las costumbres de sus tierras y aprendiendo los cantares de sus gentes. Los juegos infantiles son, a veces, supervivencias de antiguos ritos y diversiones de los jóvenes, —pensemos, por ejemplo, en «el corro» o el juego «de pelota»—, y, con frecuencia, los niños, ya muchachos, continuaban jugando, como en su infancia, hasta más allá de la adolescencia. Querer deslindar, de manera tajante, lo infantil de lo que pertenece al mundo de los adultos es, en algunas ocasiones, tan enojoso como inútil.

En segundo lugar tuvimos en cuenta la oportunidad o no de esta publicación, a la vista de lo que en Granada se hubiera ya dado a conocer sobre la materia. Porque lo que sabíamos, y no podíamos olvidar, era aquella entusiasta invitación que el grupo encabezado por D. Antonio Machado y Álvarez, «Demófilo», hiciera a las provincias andaluzas, y a otras de la Península. En el Acta de fundación de la Sociedad «El Folklore Andaluz», en Sevilla, a 28 de Noviembre de 1881, «siendo las ocho de la

noche», se acuerda redactar y enviar una circular invitando a las demás provincias a ingresar en la Sociedad. Pronto responden de Extremadura, de Asturias, de Portugal, ¿Y Granada? La revista «El Folklore Andaluz», órgano de la Sociedad, en su número 7, sección de Noticias, nos da una escueta información: «Nos anuncian de Oviedo, Granada y Llerena, hallarse próximos a constituirse el Folklore Asturiano y el Granadino y Regianense, como secciones respectivas del Andaluz y del Extremeño». Esta anunciada sociedad de «Folklore Granadino» no tenemos noticias de que llegara a ser una realidad¹. Es verdad que, años más tarde, D. Antonio Afán de Ribera daba a conocer sus obras, en las que pinta y recoge, de manera vivida y personal, costumbres y cantares granadinos². Posterior es el libro de D. Miguel Garrido Atienza³, que reúne una serie de artículos periodísticos sobre el tema y que, tal como afirma actualmente Gómez García «representa lo más que dio de sí aquella generación de folkloristas de Andalucía Oriental»⁴. Esa estima, llena de sensibilidad, hacia la «poesía de cantares» que conmovió al siglo XIX, como nos recuerda Cossio⁵, y que llevó a su recopilación en otras ciudades andaluzas⁶,

1.- «El Folklore Andaluz». Excmo. Ayuntamiento de Sevilla. Colección Aliatar, Madrid, 1981, pág. 287. Véase también el trabajo de González Alcantud, «El Centro de Investigaciones Etnológicas «Ángel Ganivet». Contexto, justificación, fundación», en la revista «El Folklore Andaluz», 2.ª época, n.º 6, pág. 240-242.

2.- A. J. Afán de Ribera, «Fiestas Populares de Granada», Imprenta de la Lealtad, Granada, 1886.

3.- M. Garrido Atienza, «Antiguallas granadinas. Las Fiestas del Corpus», Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada, 1990. Estudio preliminar de J. A. González Alcantud.

4.- P. Gómez García, en su reseña al libro de Garrido Atienza, en la revista «El Folklore Andaluz», 2.ª época, n.º 6 pág. 262, ha señalado: «De poco servirá lamentar la cerrazón de los intelectuales granadinos de hace un siglo, interesados por las costumbres populares, a los métodos más científicos de la naciente antropología, o su rechazo a la invitación de Alejandro Guichot y Sierra para que crearan una sección provincial de «El Folklore Andaluz». El costumbrismo de esos autores, sin recursos metodológicos, despreocupado de una visión general y teórica, ajeno incluso a una concepción de conjunto de la cultura andaluza, quedaba escorado hacia un localismo –como subraya González Alcantud–, miope de perspectivas».

5.- J. M.ª de Cossio, «Cincuenta años de poesía española», 2 vols., Espasa Calpe, 1990.

6.- Véanse, entre otras, los siguientes trabajos: Fernán Caballero, «Obras Completas», Ed. Atlas, Madrid, 1961; M. Díaz Martín, «Colección de cantares

no consiguió entusiasmar a los eruditos granadinos. Ha sido hace pocos años cuando se han publicado estudios, que evidencian el cambio de postura ante la rica tradición lírica popular de nuestra provincia. Nos referimos, entre otras, a las obras de Molina Fajardo⁷ y Manuel Cano⁸.

Encontramos, pues, que una recopilación de cantares tradicionales no se había hecho en el ámbito de Andalucía Oriental, y que, con todas sus limitaciones, hasta nosotros había llegado, a través de nuestros alumnos y de entrevistas personales, un material valioso, que era una representación lo bastante amplia de esa poesía tradicional que vive aún, se canta y se baila en tierras de Granada y su provincia.

A esta lírica le conviene en primer lugar el adjetivo «popular», hecha y cantada por el pueblo, vida y expresión del pueblo que las usa; pueblo en su acepción más amplia y noble, como antes comentábamos, que integra desde la pequeña burguesía local hasta el mendigo, desde los niños hasta los ancianos.

Todos sabemos que la sociedad europea, y en mayor medida la española, formó en determinadas épocas de su historia un mundo artísticamente armonioso entre lo culto y lo popular. Así las «jarchas» forman parte de poemas de gran refinamiento, o las «Cantigas», de Alfonso X, incorporan corrientes musicales y literarias diversas en una síntesis cultural. En época posterior vemos también entrar en los palacios la música popular, con Don Dionís

andaluces», Imprenta de El Porvenir, Sevilla, 1884; J. A. de Iza Zamaícola, Don Preciso « Colección de las mejores coplas de seguidillas, tiranas y polos que se han compuesto para cantar a la guitarra», (1799), Ed. Demófilo, Madrid, 1982; A. Machado y Álvarez, «Cantes flamencos» (1881), Ed. Demófilo, Madrid, 1974; F. Rodríguez Marín, «Cantos populares españoles», Ed. Atlas, Madrid, 1882.

7.- E. Molina Fajardo, «El flamenco en Granada: teoría de sus orígenes e historia», Miguel Sánchez Editor, Granada, 1974.

8.- M. Cano, «Iniciación al cante popular andaluz», Ed. I.C.E. de la Universidad de Granada, 1976. Véanse también las obras de Lisardo Carrillo, «Música y tradiciones», Imprenta Provincial, Granada; Azucena y Reynaldo Fernández Manzano, «El Trovo de la Alpujarra», Gaceta de Antropología, n.º 6, pág. 53; J. A. González Alcantud, «Etnología de la transmisión oral en los Guájares», rev. «El Folklore Andaluz», 2.ª época, n.º 2, Sevilla, 1988, pág. 105. Téngase en cuenta también la labor del Centro de Investigaciones Etnológicas «Ángel Ganivet».

en Portugal o con Enrique VIII de Inglaterra, por ejemplo. Podemos asegurar que hasta el siglo XVIII no hay una falla que separe la cultura de las clases, llamémosles, «educadas» y las iletradas. Es a partir de entonces cuando las diferencias entre ambas culturas se ahondan, y las clases populares quedan abandonadas a sus recuerdos y tradiciones, que ellas conservarán, enriquecerán y arrastrarán muchas veces hacia lo plebeyo, como sucede en el Romancero y en esta misma lírica que hoy comentamos. En los Cancioneros recogidos por los folkloristas de los últimos años del siglo XIX, ¿que encontramos?, aquella primitiva lírica, aún llena de frescor en Lope y de gracia inteligente en Góngora, ha perdurado, sí, y aflora como un Guadiana, pero ya teñida de otros colores, ya con aromas nuevos. No podemos ahora detenernos en decir cuales, pero las correspondencias que hemos establecido a lo largo de este trabajo lo ponen en evidencia. Y así es posible ver aparecer un texto expresado dentro de una grácil «jarcha», encontrarlo después ajustado al airoso ritmo de la seguidilla, y acabar reconociéndolo desfigurado, por un léxico nuevo, por unas asociaciones plebeyas, dentro del molde amazotado de la cuarteta.

Si así encontramos el Cancionero al final del siglo XIX, el siglo XX consumaría sobre todo en sus primeros treinta años, la ruptura entre las dos culturas. Ortega, como en otras muchas adinaciones, ya puso de relieve la «deshumanización del arte», característica de la poesía de este siglo. Pues si es verdad que poetas como Lorca o Alberti vuelven a beber en las fuentes de lo popular, no es menos cierto que los primores y los alambicados procedimientos líricos que aportan los «ismos», digámoslo rápidamente, no son recogidos por los cantares, de la misma forma que sí recogieron los del Barroco, no menos artificiosos. No es por tanto una cuestión formal, es que en la poesía popular la lengua, lejos de la deshumanización, está usada para ser útil, para ser un vehículo de sentimientos: de congojas, de regocijos, de vida tanto individual como colectiva.

Por un lado son estos Cancioneros un retazo de historia individual, con sus amores, desdenes, penas, odios y desengaños. Rodríguez Marín, en su ensayo «Juan Pueblo», nos hace una semblanza, certera y pintoresca, de la vida de un andaluz, acompañado desde su cuna hasta su muerte por los cantares de su tierra; y Manuel Cano afirma que «el pueblo narra su vida entera en series